

**PREGÓN**  
**DE**  
**HERMANDAD**  
**2006**

RAFAEL ANTONIO MARTÍN CANO

## **SALUDO**

BUENAS NOCHES,

REVERENDOS SACERDOTES,

SEÑOR PRESIDENTE DE LA AGRUPACIÓN DE COFRADÍAS,

SEÑOR PRESIDENTE Y JUNTA DE GOBIERNO DE LA

COFRADÍA DE NUESTRO PADRE JESÚS CAUTIVO Y SANTA

MARÍA DEL MAYOR DOLOR Y DE LAS NIEVES,

HERMANOS COFRADES, ALCAUDETENSES,

MIS QUERIDOS AMIGOS,

## **AGRADECIMIENTOS**

En primer lugar, quiero agradecer a la JUNTA DE GOBIERNO el encargo que, hace ya muchos meses, me hizo: Ser el pregonero de hermandad de este año. Vuestra confianza me honra y espero que el peso de la responsabilidad, y la exigencia que el buen hacer de mis predecesores, han ido dejando en los pregones de los años anteriores, no haya nublado mi entendimiento, y pueda llevar a buen puerto ese encargo que tanto me enorgullece, con la lectura, hoy, de este Pregón de Hermandad de la Semana Santa de 2006.

En segundo lugar, quiero agradecer las palabras que Carmen me ha dedicado en la presentación. Sólo desde el cariño y la amistad puede entenderse que haya sabido esconder mis defectos y carencias. Gracias de corazón.

Dejadme también un minuto para que dé las gracias a mis padres, a los que nunca agradeceré lo suficiente todo lo que me han enseñado. A mis hermanos, que siempre están ahí, a mi lado; como Celia, mi mujer, con todo su amor y su paciencia infinita para aguantarme, quererme y sostenerme día a día, y a mi hijo Jorge, que hace apenas unos meses ha cambiado mi vida para siempre.

Por último, y no por eso menos importante, quiero daros las gracias a todos vosotros. Gracias por asistir a este acto, que no es otra cosa que el inicio de unos días de frenética actividad, de recogimiento, de ilusiones que han ido creciendo a lo largo del último año, y de unas horas mágicas que están al llegar: las de nuestra Semana Santa. Una Semana que no termina con la

resurrección de Nuestro Señor el Domingo de Gloria, sino que continúa viva en nuestro recuerdo durante el año siguiente.

## **PREFACIO**

Y es que nuestra Semana Santa, la de la mayoría de los que aquí estamos, no se limita únicamente a la noche del Jueves Santo, ni siquiera está contenida en esos siete días de Pasión, en los que la melancolía, el recogimiento y la devoción, se instalan en las calles de nuestro pueblo.

¿Cómo habrían de extrañarnos los signos de devoción, que no idolatría, que nuestras procesiones levantan a su paso? Y es que en cada una de ellas, Dios recorre las calles de Alcaudete, porque... ¿Qué otra cosa sino Dios, es lo que vemos cuando Jesús Cautivo se balancea camino de la calle Baja? Y no es una figura cualquiera, es el Hijo del Padre, dispuesto a dejarse atravesar por un dolor infinito, y cumplir así el destino para el que se hizo hombre. Él había bajado a la tierra por amor a nosotros, para llevar a cabo, en unidad plena con la voluntad del Padre, su designio de salvación del mundo.

Ese Dios, durante unas horas, nos ofrece la posibilidad de acompañarlo, llevándolo sobre nuestros hombros. Pero ese momento, en el que revivimos la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, hunde sus raíces, para todos nosotros, en los meses que preceden a la Semana de Pasión, y en los que los planes y los proyectos, las nuevas ideas y las promesas, van contando el tiempo que falta, ya desde el encierro de Jesús Cautivo y Nuestra Señora

de las Nieves, hasta el año siguiente, cuando renovamos nuestros votos y todo el ciclo vuelva a comenzar.

El paso del tiempo es inexorable, y marca con sus manecillas el compás de nuestras vidas. Un ritmo inmutable que nos lleva al encuentro con nuestro destino, como se encaminaba Jesús a ese momento final, sabiendo que moriría por todos nosotros en la cruz, Cruz de salvación.

Y si el tiempo es la percepción que nosotros tenemos de él, hay tantos tiempos como personas, circunstancias y culturas. No es el mismo tiempo el tiempo de un niño, al que los días le parecen interminables, que el tiempo del anciano, que ve como las mañanas, buscando el sol en la plaza, se le escapan de entre sus manos a toda velocidad. No tiene el mismo significado el tiempo para un labrador, que contempla desde la ventana, como la lluvia moja nuestros olivos, nuestro pan y nuestra sal, el motor que ha movido nuestras vidas durante milenios, que el de un operario, condenado a entenderse con una máquina, que cuenta los segundos por piezas terminadas.

Y hay también un tiempo para nosotros: cofrades, costaleros, costaleras, nazarenos, enamorados de la Semana Santa. Nadie que no sea cofrade podrá entender qué significan los ensayos de febrero para todos nosotros, ni qué largo puede resultar la perspectiva de un año, cuando la lluvia impide a nuestros pasos salir a la calle.

Un tiempo que nos une y nos convierte en hermanos a todos nosotros. Echad un vistazo a vuestro alrededor. Cada uno de nosotros guarda una historia que, a veces, es completamente opuesta a la de los demás. Por trabajo, por referentes familiares, por la forma que la vida ha tenido de zarandearnos en otras ocasiones. Todos hemos seguido caminos diferentes y estoy seguro de que, si reflexionásemos, nos daríamos cuenta de que nos separan muchas cosas, y, sin embargo, hoy aquí, somos todos hermanos. La fe es un pegamento fantástico, tendréis que reconocerlo.

Jesús nos señaló el camino, porque el costalero es un peregrino que sigue el camino de Jesús; un peregrino que busca la senda del Evangelio, vereda iluminada por los hachones, aquellos que simbolizan la PALABRA, el que se encarnó en MARÍA para hacerse HOMBRE: el Hijo de Dios, y, permitidme que haga aquí referencia al Obispo NGUYEB van THUAN, que tan bien ha definido al Jesús del Evangelio, al Jesús que yo amo, detallando los defectos de Jesús, los mismos que me atraen irremediabilmente hasta él, y que tanto me hacen amarle.

Un Jesús que no tiene buena memoria, que olvida nuestros pecados y nos envuelve en el perdón de su infinita misericordia.

Un Jesús que no sabe de números, como demuestra la parábola de la oveja perdida, cuando deja a noventa y nueve en el redil, para salvar tan solo a una, como hace con cada uno de nosotros.

Un Jesús que no sabe de lógica, y que concluye que hay alegría entre los ángeles de Dios, por un solo pecador que se convierta.

Un Jesús que no sabe de marketing, pues promete a los que le siguen procesos y persecuciones, empezando por sus discípulos, que tuvieron que dejarlo todo (familia, amigos, trabajo) sólo para seguirle a Él.

Un Jesús que no sabe de finanzas, como nos recuerda la parábola de los obreros de la viña, en la que el propietario pagaba el mismo salario a quien empieza a trabajar desde las cinco de la tarde, que a quién trabaja desde el alba.

Un Jesús que es, en definitiva, amor.

Y es que el amor auténtico no razona, no mide, no levanta barreras, no calcula, no recuerda las ofensas y no pone condiciones. Jesús actúa siempre por amor.

Un Jesús al que le debemos estar hoy aquí. Todos hermanos en este lugar y en este tiempo, cuando los días descuentan las horas que faltan para que los tronos salgan a la calle y anuncien a todos los que quieran oírlo que Jesús está a punto de morir por todos nosotros, en un acto que solo el amor puede justificar.

## **INTRODUCCIÓN**

Repasando los pregones de los últimos años, he comprendido que no podía mejorar las palabras de mis predecesores, aquellos que ya conocen el peso de la responsabilidad que ahora siento.

Leyendo sus pregones, y, reflexionando sobre lo poco que yo, humildemente, podía ofrecer en esta tarde tan especial, recordé algo que me dio la clave para poder sentarme a escribir, y que, al estilo de los malos escritores que señalan al asesino en el primer capítulo de sus novelas, voy a compartir con vosotros.

Pensaba en aquellas lejanas tardes de invierno, sentado al amor del brasero, cuando estaba reunida toda la familia, y, mi madre, sacaba un bolso repleto de fotografías, que no son más que otra forma de tiempo.

El tiempo detenido para siempre, en ese rectángulo de papel, en el que se reflejaban miradas y personas que después, ya nunca fueron iguales, momentos que habíamos olvidado, y que al ver esas fotografías, volvían a ser, existían de nuevo, rescatados del naufragio de la memoria.

Estas palabras que justifican todas las demás no son sino una invitación para que me acompañéis en un viaje por el tiempo, mi tiempo, mientras os muestro algunas de las fotografías que he podido rescatar de mi memoria de cofrade y costalero y de mi relación con Nuestro Padre Jesús Cautivo y Nuestra Señora de las Nieves.



## **PRIMERA FOTOGRAFÍA**

Aún recuerdo el día que me encontré por primera vez con muchos de vosotros. Yo tendría diecisiete años, así que debía ser el año 1988. Las tardes de los viernes y de los sábados, las pasaba con mi hermano Vale, que está ahí sentado, y que, como tantas otras veces, ha terminado por ser viento que me ha ayudado a encontrar mi rumbo en la vida. Aquel día no fue una excepción.

Recuerda Vale, como me hablaste de un paso nuevo que se iba a procesionar en Semana Santa. Como tantas otras veces yo te acompañé, con la fascinación y la incondicionalidad que los chicos de esa edad, sienten hacia sus hermanos mayores. Aquel día fue el primero que me puse debajo del trono que luego he ido haciendo mío, como también es vuestro, inconsciente aún de la importancia capital que tendría en mi vida aquella tarde de enero.

Aún recuerdo el olor de la madera, el contacto de los varales sobre la espalda, las palabras de ánimo, y la concentración, mientras intentaba, seguramente sin conseguirlo, parecer mayor de lo que era. Me sentía apenas un niño, rodeado de aquellos hombres que ponían todo su empeño en hacer bailar aquel trono que aún estaba por estrenar.

Yo era todavía un desconocido, un recién llegado, que fue instalándose entre vosotros, sin más pretensión que ayudar durante los ensayos que se fueran sucediendo durante el año. Ni siquiera pensaba en la Semana Santa que se iba acercando.

Aquel año, cuando ya el incienso estaba preparado y las noches iban encogiéndose; cuando la proximidad de la cita de Jesús Cautivo con todo nuestro pueblo, iba vistiéndose de responsabilidad los gestos y las palabras de todos los costaleros, conscientes de que se aproximaba el tiempo más importante de aquel proyecto común, José Antonio, el primer capataz del Cautivo, me propuso unirme a todos vosotros y salir, por primera vez en mi vida, debajo de un trono, de este trono, de nuestro trono, por que ya desde aquel año lo hice mío, como es vuestro, y de todos los que a él, han querido acercarse.

No sabía qué me esperaba, y seguramente ni siquiera lo pensé bien. Parecía más la evolución natural, después de tantos ensayos, que una decisión realmente motivada. Apenas sin darme cuenta, fuimos apurando los días y, un segundo más tarde, había llegado aquel primer Jueves Santo en el que, ya contagiado para siempre del amor a Jesús Cautivo, tuve el honor de acompañarlo en su primer recorrido por las calles de nuestra ciudad.

Recuerdo, casi como si hubiese sucedido ayer, los momentos previos a la salida. La oración común tan sentida, extraída sin anestesia del territorio del corazón. Los gestos afilados, y los ojos brillantes por la concentración de mis hermanos costaleros, mientras, la tensión hacía que la atmósfera se transformase en eléctrica, y los músculos, avisaban de que el segundo definitivo se aproximaba.

Después, las puertas del convento, cerradas mientras desde el exterior llegaba el murmullo, impaciente y respetuoso al mismo

tiempo, de todos los que no querían perderse el encuentro de Jesús Cautivo con las calles de nuestro pueblo.

También los sonidos adquirieron propiedades fabulosas. La voz del capataz, que tan bien conocía, desgranaba las órdenes, repetidas cientos de veces durante los ensayos. Esas órdenes, tenían la facultad de organizarnos, haciendo que nuestros movimientos se sincronizaran, partes de un solo cuerpo, y cuando las puertas se abrieron, dejando que las últimas luces del día, se encontrasen con la luz de las velas que alumbran el camino de Nuestro Señor, ya nos habíamos transformado en una sola voz silenciosa, que se enfrenta cada año a las calles de Alcaudete, para decirle a todos los que quieran escuchar, que el Hijo de Dios ha sido apresado y está tomando el camino del dolor y del sufrimiento, que lo llevará a la Gloria, salvando con su sacrificio a toda la humanidad.

Sin embargo no todas las historias tienen un final feliz. Aquel año no pude terminar el recorrido. Era demasiado joven y la dureza de la tarea que me habían encomendado me superó. Cuando llegamos a la Plaza, incapaz de aguantar ni un metro más, tuve que salirme del trono.

Claro que ni siquiera ese contratiempo pudo con vuestro pegamento. Cuando aquella Semana Santa terminó, ya formaba parte de vosotros. Gracias por haberme aceptado.

## SEGUNDA FOTOGRAFÍA

Aquel fue mi primer año como costalero, pero no sería sincero, si os dijese que fue mi primer contacto con la Semana Santa.

Si fue mi hermano Vale quien me trajo hasta vosotros, tengo que señalar a otro culpable de inocularme el veneno del amor por esta tradición ancestral de nuestra tierra.

Os hablo de mi hermano mayor, Pepe, que siempre ha sido ejemplo y guía, un faro que sigue, muchas veces sin él saberlo, señalándome el camino a seguir. Así debía verlo yo, alto como un faro, cuando todavía no levantaba más que unos pocos palmos del suelo y él me llevaba las tardes del Lunes Santo a Santa Clara, para montar el paso de San Juan.

De esos años de infancia hay, también, una imagen que guardo en mi memoria. Una imagen que tiene que ver con la Virgen de las Nieves. Esta fotografía infantil, es más borrosa que las demás, pero también tiene un significado muy especial para mí. Es el primer recuerdo que guardo de Nuestra Señora de las Nieves, la madre doliente de Dios, recorriendo la Plaza, con el anochecer cayéndole sobre el manto, a punto de perder a su HIJO, acompañada únicamente de mujeres, esas mujeres de las que tanto sabemos en nuestra tierra, que con su trabajo callado, han sacado a nuestras familias adelante y que tanto y tan bien entienden a Nuestra Señora, cuando acompaña a su hijo en sus últimas horas.

Después, la Virgen de las Nieves siempre ha estado ahí, acompañada también por nuestras hermanas, sus costaleras, compartiendo el dolor de la Madre de Dios, que no dejará a su hijo solo hasta el último momento, Una espada traspasa su alma, pero ella permanece en pie, sola, valerosa. En el momento más importante de la vida de Jesús, se ofrece junto a él, acogiendo como hijos suyos a todos los discípulos de Jesús, o mejor, a toda la humanidad.

Tú la Elegida, Virgen de las Nieves, que gimes por verlo reo de muerte, Tus suspiros se vuelven serenidad, lágrimas cristalinas y frágiles se resbalan de tu cara, sollozos te susurran tus costaleras, a sus pies se aposentán querubines para que al andar, hermana costalera, no haya fatiga ni pesar. Un ejemplo de amor que jamás deberíamos olvidar.

### **TERCERA FOTOGRAFÍA**

Pero quiero volver a los años siguientes al de nuestra primera salida, años de ilusiones y de comienzos, en los que vivía apurando el dulce licor de la primera juventud, cuando todo es para siempre, y resulta, que nada dura más allá de un corto invierno.

Aquellos años ensayábamos en el parque, y lo que ha quedado, impreso con letras de fuego en mi memoria, es la complicidad que entre todos los costaleros se iba produciendo. A muchos de vosotros os conocí durante aquellos años. Como a Sergio, nuestro capataz, entonces todavía un niño, que no debía tener más de once o doce años, y que asistía a los ensayos desde un lugar

privilegiado, cuando lo subíamos en el trono; y puede, que en algún momento, pensase, soñase más bien, con dirigirnos y llevarnos como ahora lo hace, de forma magistral, encontrando siempre la palabra de ánimo adecuada en los momentos de dificultad.

Muchos otros se fueron incorporando durante aquella época, como Raúl (firme candidato a entrar en mi familia) que se reía junto con Manuel Jesús, cuando le reclamábamos (más en broma que en serio) por el curioso sistema de comisiones que su hermano, José Antonio, hoy también costalero, había inventado, y por el que todas las chuchearías que le encargábamos, se incrementaban con la comisión del mensajero ¿O es que no os acordáis de aquellas chocolatinas que nos compraba en el puesto de Rosa a precio de oro, hasta que casi terminaba por costar más el transporte que la mercancía?

Aquellos años son también los años del convento. Años en los que aquellas piedras que habían ido acumulando en sus rendijas, parte de nuestra historia, actuaban como nuestro mejor testigo.

Si pudiésemos preguntarles a esas piedras, nos contarían del silencio, esculpido por el redoble de los tambores saludando la salida de Jesús Cautivo.

Silencio de tambores. El aire rasgado por el quejío de las cornetas, grito sin respuesta.

Y la devoción que avanza y se eleva, al paso de Jesús Cautivo. Más alto, más fuerte, y un nuevo redoble preludio de la muerte, y

entonces, la marcha procesional rompe en llanto, derramando lágrimas de metal que se unen al llanto de la cera y de los penitentes. Si pudiésemos preguntar a las piedras, nos dirían que nos echan de menos, igual que nosotros añoramos aquellos rincones.

Pero ahora hay algo que ya no es igual. Hay un cambio, obligado, en ese escenario, anhelando que llegue un día en que Jesús Cautivo y Nuestra Señora de las Nieves vuelvan al Convento de Jesús María, su casa, el lugar donde nacen mis recuerdos de costalero, y dónde estoy seguro que un día todos retornaremos.

#### **CUARTA FOTOGRAFÍA**

Llegaron los años de universidad y el traslado forzoso a Jaén, apenas alejado unos kilómetros de mi pueblo, pero marcando una frontera que sólo se cruza una sola vez en la vida. Allí, durante los años impregnados de doctrinas civiles y penales, dejé para siempre de ser un niño y fui transformándome en lo que ahora soy.

La presencia de la Semana Santa y de esta cofradía en mi vida, iba cobrando más importancia, año tras año. A ello ayudó Muñoz, mi gran amigo, con el que compartía noches en vela, (alguna incluso estudiando, aunque mi padre no lo crea), ilusiones y la amistad de dos personas que iban descubriendo cuantas cosas tienen en común.

Durante el curso, la cofradía, el trono (dónde nos situábamos juntos, el uno al lado del otro), Jesús Cautivo, la Virgen de las Nieves y

todo lo que significaba la Semana Santa era uno de nuestros más recurrentes temas de conversación.

Se nos iban las horas, los días, y las semanas, enfrascados en pensar cómo sería la salida de ese año, comentando los problemas cotidianos de la cofradía.

Ya, nuestra Semana Santa, se iba convirtiendo en uno de los centros de mi vida.

### **QUINTA FOTOGRAFÍA**

Sin embargo, desde aquel lejano 1988, lejano aún a pesar de estar tan presente y tan fresco en mi memoria, he faltado a mi cita con Jesús Cautivo tres veces. Tres años en los que las corrientes de la vida me llevaron a puertos desde los que no podía acompañaros.

Es curioso que, aún estando seguros de gobernar el timón de nuestra existencia con mano firme, tan sólo sea necesaria una suave corriente, para que arribemos a lugares que no teníamos previsto visitar.

Aún así, incluso en esas tres ocasiones, me he sentido parte de vosotros, como el hijo pródigo que anda recorriendo el mundo y que, aunque todavía no lo sepa, siempre tiene un lugar al lado de su familia, que lo quiere y le desea lo mejor.



El primero de esos años que falté a mi cita, no hubo procesión. La lluvia, que de vez en cuando, nos recuerda que no somos más que marionetas dependientes de la voluntad de Dios, apareció con fuerza aquel Jueves Santo, situándonos de nuevo como lo que somos: minúsculas formas de vida en la inmensidad del Universo, que creen ser dueños de su destino y no son conscientes de lo débil que es cualquiera de nuestros empeños, sino contamos con Jesús, con quien todo lo podemos.

Yo estaba allí con vosotros. Una fuerza invisible me había empujado a acompañaros y allí añadimos nuestras lágrimas a la lluvia que en el exterior azotaba los adoquines y las fachadas.

El segundo año vi pasar a Nuestro Señor, Cautivo pero erguido, dolido, pero decidido a afrontar su suerte, el sufrimiento interminable, la muerte ya anunciada.

Muchos de vosotros, habréis experimentado esa sensación indefinible de alegría y tristeza al tiempo, y la extrañeza que provoca ver un Paso, con el que tantas cosas nos unen, mientras nos palpamos la ropa, y comprobamos, que nosotros no estamos junto a Él.

Aquellos años en los que no estuve, o no supe estar, también han sido de Jesús, que accedió a enseñarme cual era mi lugar, y donde debería estar a partir de aquellos años. Ahora sé, que siempre que pueda, mientras tenga fuerzas no volveré a faltar.

Allí quiero estar, contribuyendo en la minúscula parte que me corresponde, a llenar nuestro pueblo de historia viva, de una Fe que se alimenta durante esa Semana, del olor del incienso y la cera de las velas, y del susurro de los pies de los nazarenos, que recorren nuestras calles en penitencia.

Allí quiero estar, haciendo que cada esquina, cada calle, cada rincón de Alcaudete se una al anterior y al siguiente, construyendo un templo nuevo, un templo sin muros en el que podamos encontrarnos con Dios Nuestro Señor.

## **SEXTA FOTOGRAFÍA**

Ese templo que forman las calles de nuestra ciudad, no tiene la cualidad de la mayor parte de cosas instaladas en la realidad. Es un templo hecho a la medida de nuestros corazones, y como todo lo que tiene que ver con el corazón, parece cosas que luego dejan de ser.

Creo que todos tenemos algún lugar de ese recorrido cuyo significado ha ido cambiando con el paso de los años. Al menos para mí es así. Hay calles, rincones, momentos que tienen un significado muy especial, donde experimento sensaciones que hoy también quiero compartir con vosotros; permitidme que me detenga en dos de esos rincones.

El primer lugar donde quiero detenerme, es la Calle Campiña. Son los primeros metros, las primeras levantás, nuestros cuerpos aún frescos, dispuestos al sacrificio que ofrecemos. Aún quedan

algunos nervios, todavía sentimos como nuestros corazones se esfuerzan por ajustar sus latidos al ritmo que marcan las marchas procesionales, cuando todavía no nos planteamos que ese momento es también el principio del fin de nuestro año cofrade. Poco a poco, esos corazones que parecían desbocados, ajustan sus palpitos, transmitiendo sus latidos a la madera.

Allí, en esos primeros metros, reflexiono en todo lo que me ha sucedido durante el año.

En ese kilómetro cero de mi Semana Santa, mi vida se me presenta como en un cinematógrafo fantástico, que tuviese la capacidad de mostrarme todo lo que de importante ha tenido ese año.

En esos metros, redescubro el amor de Jesús, que sabiendo que había venido a dar su vida por nosotros, nos dejó un mensaje de amor; un Jesús que ha sufrido y muerto por nosotros y que, ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros.

Tengo que confesaros, que una parte importante de esas oraciones, en los últimos años han tenido como protagonista a Celia, mi mujer, mi compañera y la madre de mi hijo, a cuya imagen invariablemente acudo cuando empezamos a recorrer la Calle Campiña.

¿Cómo no iba a ser éste uno de mis lugares preferidos?

## **SÉPTIMA FOTOGRAFÍA**

Hay otro lugar que ha ido levantándose en el mapa sentimental de mi Semana Santa.

Es la Plaza, nuestra Plaza, lugar de mis primeros juegos, y también, de encuentros, de saetas, de gentes del pueblo, con todo lo que de maravilloso contiene esa palabra, PUEBLO, ALCAUDETE.

Pero no es de encuentros, ni saetas, lo que la Plaza significa para mí. La Plaza es el lugar de mi madre.

Como todos sabéis, hace ya algunos años que mi madre no está entre nosotros. Y si tengo que ser justo, y quiero serlo, debo serlo tal y como ella me enseñó, es a ella, con su empeño y su devoción, a la que le debo estar aquí hoy por partida doble.

Primero, porque ella supo enseñarme todo lo que después he ido comprobando que necesitaría en la vida. Pero, además, porque si yo estoy aquí, confesándome, es porque fue ella la que me animó a volver a salir antes de dejarnos, hace ya casi cuatro años.

Aquel año yo salí por ella y para ella. Y como siempre, cuando estoy con vosotros, no estuve solo. Aquel Jueves Santo, en uno de los momentos más duros que la vida ha puesto a mi paso, todos mis compañeros costaleros, ofrecieron sus oraciones por ella, y de nuevo me demostrasteis, confirmando lo que mi madre me había dejado intuir, que nunca estaría solo si caminaba con Nuestro Padre Jesús Cautivo.

¿Puede haber alguna lección más valiosa?

Pero estaba hablando de la Plaza. Un lugar de nuestro recorrido que ya está, indisolublemente ligado a mi madre. Allí, en la misma esquina de la Plaza, en la que siempre esperaba verme acompañando a Jesús Cautivo, en ese metro cuadrado que ya le pertenece, el recuerdo de mi madre se hace vida.

Allí, en el mismo lugar donde todavía puedo verla, mi madre sigue acudiendo puntual a su cita, y yo sé, a veces sin atreverme a mirar, que ella está allí, orgullosa porque su hijo está junto al Cautivo, mirándome, rezando por mí y por todos los nuestros, y donde puedo decirle que ha conseguido lo que quería, que aquí estoy un año más, fiel a mi cita, como ella sigue estando ahí, santiguándose, y bajando la mirada, apenas unos segundos, mientras sus labios desgranaban viejas oraciones por mí, y por mi familia, por todos los que tanto le importamos en vida, y por los que seguro que sigue velando desde el lugar donde está.

### **OCTAVA FOTOGRAFÍA**

Y es que la lección más importante que he aprendido entre vosotros, llevando a Jesús Cautivo, es que teniendo alrededor a mis hermanos, no hay obstáculo que sea insalvable ni problema que no tenga solución.

Pondré un ejemplo que puede parecer sin importancia, el recuerdo de un hecho que para mi ejemplifica perfectamente esta enseñanza.

Muchos estabais allí y el resto habréis oído esta historia cientos de veces, pero no puedo resistirme a detenerme en ella.

Aquel año subíamos por la calle del agua. La pendiente parecía atragantarse en nuestros hombros, y ya estábamos a punto de llegar a la Calle del Carmen, donde cada paso parece aturdir las piernas, para recuperar de nuevo el sentido en el siguiente.

Aquel año un coche impedía nuestro paso. No podíamos continuar con el paso.

Fueron Juanjo y Buenaño los que nos dieron la clave, recuerdo como si estuviese sucediendo ahora mismo, os acordáis, la decisión inquebrantable, la fuerza con la que salíamos del trono, como sólo hubo que poner tantos pares de brazos como costaleros íbamos bajo el Paso, y el coche fue a descansar al lugar de dónde nunca debiera haber salido.

### **NOVENA FOTOGRAFÍA**

Es la misma fuerza con la que lloramos cada vez que la lluvia no nos deja salir. La fuerza que nos obliga a levantar el trono, incluso cuando sabemos que no podremos salir del templo, y que ese año no iremos a ninguna parte.

Puede que alguien que no nos conozca, que no sepa lo que nos parece realmente importante, no entienda cuanto sufrimiento puede esconderse en una lluviosa tarde de Jueves Santo.

Puede que, incluso, alguno que no sepa hasta qué punto estamos unidos, desprecie nuestro dolor, o incluso pueda llegar a pensar si realmente vale la pena.

No soy yo quien para contestar a esa pregunta. Ni sabría explicarme, ni seguramente me haría entender, pero sí voy a decir una cosa que ahora veo como una parte de esa respuesta.

Y es que mi hijo es hermano de nuestra cofradía, y el futuro, encarnado por él y por los demás que vienen empujando, ya está aquí. Y no veo el momento de verlo acompañando a Jesús Cautivo a mi lado en el trono. Nada me llenaría de más orgullo y satisfacción.

Así podré enseñarle lo que supone un Jueves Santo para mí, esa jornada por la que vale la pena esperar todo el año; porque, no sólo es el Cautivo. Además, supone dormir tres o cuatro horas y salir el Viernes Santo con San Elías, otra de mis devociones que me permitiréis que incluya en estas instantáneas, con las que intento explicar mi amor por la \_Semana Santa, por Jesús Cautivo, y la Virgen de las Nieves.

Así, estas líneas con las que voy terminando este pregón de hermandad, y las que seguiremos escribiendo en los próximos años, formarán parte de la historia que se seguirá transmitiendo. Una cadena que empieza con mi padre, que está ahí sentado sintiéndose orgulloso de mí; ya sabéis lo ciego que puede ser un padre cuando se trata de sus hijos. Así que voy a aprovechar para decirle: Papá, soy yo el que tiene motivos justificados para sentirme

orgullosos de ti. Ojalá haya aprendido la lección, y sepa aplicarla con mi hijo, y sea capaz de enseñarle todos los valores que tú me has enseñado: respeto, tolerancia, esfuerzo, trabajo, sacrificio, honradez, amor, comprensión, amistad, y, sobre todo, el significado de la palabra Familia. Mis hermanos y yo hemos sido muy afortunados. Gracias Papa.

Así, avanzando hacia nuestra próxima Semana Santa, mientras el ciclo continúa, y con esa promesa de continuidad, quiero convocaros y convocarme a vivir esta Semana Santa de 2006, y, ya para finalizar, con la esperanza de no haber abusado de vuestra presencia, de vuestra exquisita atención y sobre todo de vuestra gran paciencia, os pido disculpas por los posibles errores cometidos, os envío un abrazo y os invito a vivir la Semana Santa en toda su dimensión, significado, esplendor y belleza procurando que, aunque sea al menos por unos días, nuestros resentimientos, nuestra envidia, y nuestros egoísmos, queden sepultados en el destaralado baúl del olvido y den paso a la tolerancia, la paz y el perdón para, de esta forma, semejarnos, siquiera un poquito al que tuvo la inmensa generosidad de darlo todo por nosotros, incluso la propia vida.

Muchas Gracias.